

PEDRO HUMBERTO ALLENDE

APUNTES PARA UNA SEMBLANZA

P O R

Pedro Niñez N.

Tarea fácil y agradable es la de escribir sobre una personalidad como la de Pedro Humberto Allende. Fácil, porque siempre lo es hablar de artistas consagrados: no hay temor a equivocarse. Hace ya muchos años que consagraron su gloria, críticos de la talla de Felipe Pedrell, Adolfo Salazar, Florent Schmitt y Debussy. Agradable, porque se nos da la oportunidad de pagar una deuda de gratitud con el sabio maestro, al divulgar algunos aspectos desconocidos de su labor.

Su múltiple actividad de compositor, profesor, publicista, folklorista e investigador, da tema para llenar muchas páginas de la historia de la música chilena. Sus cuarenta años de actividad artística y docente en Chile, han dejado una huella que el tiempo no logrará borrar.

Sus composiciones han dado la vuelta al mundo. Es el formador de la escuela musical chilena, que ha nacido con caracteres propios, conquistando un sitio honroso entre las naciones creadoras de música. Una parte considerable de los compositores chilenos han recibido sus enseñanzas o han sido influídos por él. Rendir homenaje a su talento, es hacer justicia a una gloria americana.

Hijo del distinguido escritor chileno, don Juan Rafael Allende, nació en Santiago en 1885. Durante la revolución de 1891, que derrocó al Presidente Balmaceda, su casa fué saqueada y su padre, apresado y sentenciado a muerte. Obtenida la libertad del padre, la familia Allende emigró al Perú, donde permaneció durante tres meses. Poco después pudieron regresar a Chile, donde la vida familiar transcurrió ya tranquila.

En su casa se realizaban continuas reuniones musicales. Los amigos de su padre se reunían con el objeto de ejecutar música de cámara. Todos creían que el niño no tenía oído musical y, en tales ocasiones, lo hacían salir fuera para que no molestara.

En 1894, ingresó al Conservatorio Nacional de Música de Santiago, obteniendo su título de profesor de Violín y de Armonía y Composición en 1905 y en 1908, respectivamente.

El maestro Allende fué retraído y pensador desde niño. Fué tan metódico y moderado que, según cuenta su madre, tenía clavada en una muralla del comedor una lista con el número de horas que se demoran los alimentos en ser digeridos. Si alguno de ellos necesitaba una digestión larga en exceso, no lo probaba, aunque fuera el manjar más delicioso.

Su amor por la música folklórica lo adquirió a temprana edad.

Su casa quedaba cerca de la Avenida Matta de Santiago, sitio en que se instalaban en aquellos años las fondas y ramadas con que la gente del pueblo celebra la Pascua de Navidad, el Año Nuevo y el Aniversario de la Independencia Nacional, en el 18 de Septiembre. Allí, alegres cantores atronaban el aire con las cuecas y tonadas que el futuro músico elevaría más tarde a la categoría de música de arte.

A la muerte de su padre, en 1909, cayó sobre sus hombros la responsabilidad de jefe del hogar. Empezó para él el esfuerzo de una dura lucha por la vida. Tocó el violín en orquestas de teatros y cines y luego, en la orquesta de la ópera. Enseñó en diversos establecimientos: Conservatorio Nacional de Música, Escuela Normal de Preceptoras N.º 1, Liceo «José Victorino Lastarria», Liceo de Aplicación y Escuela Normal «José Abelardo Núñez», como los principales.

Comienza por estos años asimismo su más activa labor de compositor en plena madurez. En diversos viajes por Europa y América pudo tomar contacto con algunos de los primeros valores de la música contemporánea; las apreciaciones de estos maestros sobre sus obras sirvieron de estímulo al músico chileno y corroboraron los juicios de quienes ya en Chile comenzaban a comprender el alto significado de su producción. Se acercaban los días de su consagración definitiva.

En 1928, se realizó en Praga un Congreso de Artes Populares, bajo los auspicios de la Liga de las Naciones. Allende, que representaba a Chile, fué honrado con la Vice-Presidencia de la Asamblea. Allí dió a conocer grabaciones de música araucana sobre interesantes ejemplos recogidos por él en viajes de investigación al sur del país.

Apasionado de la ciencia, formuló leyes acústicas, investigó la música griega antigua e ideó un sistema de iniciación musical, que ha ofrecido considerables resultados en su práctica.

Entre sus obras para piano se destacan sus «Tonadas», sus «Estudios», y sus «Miniaturas Griegas».

Sus obras orquestales «Escenas campesinas chilenas», «La voz de las calles», «Concierto para violoncello y orquesta», «Concierto para violín y orquesta», son clásicas en la producción musical chilena.

La producción musical de este autor comprende los siguientes géneros: orquestal, instrumental y vocal. Se puede dividir en dos épocas. La primera abarca desde sus años escolares hasta más o menos 1908, fecha en que cambia de estilo. La segunda, desde 1908 hasta la época actual. Las obras de la primera época se caracterizan por su simplicidad armónica. Sigue en ellas las huellas de los grandes clásicos: Beethoven y Mozart. Como forma, están admirablemente tratadas. Durante su época de estudio, ha tenido una rara habilidad para imitar los procedimientos de formas musicales hasta llegar a dominarlos por completo. Esto le dió una experiencia extraordinaria.

También ya en esta primera época, se advierte en las obras de

P. H. Allende un profundo conocimiento de la técnica contrapuntística. A cada paso se advierten imitaciones, movimientos de las partes en sentido contrario y otros procedimientos contrapuntísticos que dan a su obra una indudable solidez.

A esta primera época pertenecen algunos trozos de piano, sonatas para piano, trozos para violín y piano, suites orquestales, oberturas, sinfonías, lieder y coros a cuatro voces.

El maestro siente una marcada desestimación por estas obras juveniles y ha llegado a negarlas. Desea que muchas de ellas sean destruidas después de su muerte, al igual que hizo Chopin con aquellas de sus producciones que, a juicio del genio polaco, no tenían valor artístico.

En la época en que alcanza su absoluta madurez como compositor, cuando P. H. Allende se muestra ya en obras que descubren en todos sus aspectos la originalidad de una figura musical de primer rango en la música americana, ven la luz sus más importantes obras sinfónicas como las «Escenas Campesinas Chilenas» (1913-1914), y el poema sobre pregones santiaguinos «La Voz de las Calles» (1920). El «Concierto para violoncello y orquesta» (1915), las «Sonatas» para piano (1909), la serie de doce «Tonadas de carácter popular chileno» (1921-1922) y el «Cuarteto para cuerdas» (1925), se sitúan también por estas fechas. Un «Concierto para violín y orquesta», estrenado hace dos años por la Orquesta Sinfónica de Chile, y con Fredy Wang como solista, completa, en las obras esenciales, aquella parte de mayor relieve en las obras de este compositor.

Allende goza de la fama de ser uno de los músicos americanos que más ha contribuido al progreso de la armonía en sus obras del período de madurez. Su prestigio proviene del acertado empleo de las disonancias que dan a sus obras un extraño encanto. Para obtener estos resultados se vale de triples y cuádruples apoyaturas que hace oír conjuntamente con notas reales del acorde. Estas apoyaturas las mantiene largo rato, haciéndolas saltar en forma independiente, como si se tratara de notas armónicas y aún las rodea de nuevas apoyaturas, dando el carácter de politonalidad.

Emplea también otros recursos de armonía avanzada: sextas y novenas agregadas, novenas sobre la dominante y sobre la tónica, oncenas, etc.

Las notas extrañas al acorde, las hace oír, generalmente, en tiempo fuerte, lo cual produce choques que despiertan la curiosidad del auditor. Sus experiencias en el empleo de los modos griegos, como en el primer tiempo de su Cuarteto, revisten un destacado interés.

Aplicando esta técnica, obtiene enlaces armónicos desusados. La modulación constante es otro de los recursos que ha explotado este autor. A veces empieza sus obras con una sucesión de acordes lejanos a la tonalidad principal a la cual llega en el momento menos esperado. La manera de formar sus cadencias finales llaman la atención por no encuadrarse en los consabidos enlaces armónicos de las obras clásicas. Todo en su música está perfectamente equili-

brado. Las líneas melódicas son siempre de un gran refinamiento. Evita las repeticiones de notas en la línea melódica, rodeando el tono con apoyaturas superiores e inferiores, procedimiento que tanto le alabó Florent Schmitt.

Los ritmos de Allende han sido suficientemente comentados por la crítica europea. Es la rica y variada cosecha de su estudio de la música folklórica y de los ritmos griegos.

En cuanto a la forma, evita la cuadratura mecánica, tradicional. No se preocupa del número de compases, sino de que la idea musical no sea mutilada para encuadrarla en un molde rígido. Tampoco procura que su música se encuadre en una sola cifra indicadora del compás. Los tipos de compás cambian a cada paso, según las necesidades del discurso musical y de su conveniente acentuación. Las reexposiciones de incisos, frases y períodos van casi siempre con alteraciones, ya sea en la melodía o en la armonización.

La orquesta de Allende es siempre rica y delicadamente sonora. Tiene horror por los instrumentos de percusión ruidosos, a los cuales rara vez da empleo en su orquesta. Combina y dosifica con maestría los instrumentos, observando una conveniente distribución de los matices dinámicos y agógicos.